

Art Larson

LA SOMBRA DEL DOMINGUERO

Art Larson (San Diego, 1962) cuestiona la relación entre la obra que vemos y el artista que la ha creado. Destaca la perspectiva del forastero, el observador que se reconoce a sí mismo en lo que se pasa por alto. Muestra el residuo de los momentos ordinarios, acumulado a lo largo de una vida, y la sombra del artista que no deja rastro en el paisaje, pero que forma parte de él.

22.10.2022 – 23.04.2023



[LA VIRREINA]
CENTRE
DE LA IMATGE

Ajuntament de
Barcelona



La trayectoria de Art Larson (San Diego, 1962) desafía cualquier intento de tipificación e, incluso, cuestiona esa necesidad —propia del campo del arte— que empuja a prestigiarse a partir de una literatura crítica que la narre.

El fracaso en las expectativas, el equívoco como fundamento epistemológico, la escatología o la posición social del artista son algunos de los temas que comparecen en *La sombra del dominguero*, un título que alude a cierto carácter hilarante, a cierta risa política y en absoluto frívola, desde la cual afronta Larson la mayoría de sus piezas.

En contraposición a las grandes decisiones y los proyectos definitivos, en estos trabajos se aprecia que todo puede ser una cuestión de énfasis, parafraseando el título del libro de su compatriota Susan Sontag. Sin embargo, la intensidad también significa moverse por territorios aparentemente contradictorios, entre lo que carece de acabado o presenta un acabado amateur y el virtuosismo formal, entre la performance humorística y el documento videográfico.

El filósofo francés Jean-Luc Nancy escribió en *La comunidad desobrada* (1983) que la desobra no es una apología de la inacción, sino un alegato para producir mediante posiciones indetectables, un hacer obra desde cualquier sitio y mediante cualquier material, con el objetivo de des-embrazarse de las dos preguntas ontológicas por antonomasia: ¿esto qué es?, ¿esto qué significa?

Diríamos que dicha pulsión se observa en las propuestas de Art Larson, las cuales cabe entender no solo por lo que tienen de procesual, sino, sobre todo, por aquello que las aleja de un relato entregado a la coherencia o al discurso sin fisuras.

En este sentido, son precisamente los restos lo que impide al arte cerrarse en sí mismo, enseñorearse dentro de sus límites. Son los residuos con los que de alguna manera opera Larson aquello mediante lo cual logra un lenguaje modulable, un idioma que salta desde la sensibilidad hasta el humor, desde lo frágil a lo improcedente.

Viendo las piezas reunidas en *La sombra del domin-guero* uno se interroga sobre qué sería del museo si este no hubiera desestimado las formas tentativas, si en vez de abrazar los más diversos dogmatismos, en las salas de exposiciones se transitase por una suerte de viaje hacia ningún sitio, una odisea desde todos los lugares y desde ninguno en particular.

SHADOW OF THE FLATLANDER

Leslie Larson

Flatlander es un coloquialismo regional del sur de California, donde Art Larson nació y se crió, que significa «forastero», alguien que visita un lugar diferente al suyo, un lugar cuyas costumbres y tradiciones no le son familiares. Un extraño, un forastero, alguien que no se siente cómodo en su entorno, que se siente raro al tratar de descifrar códigos que no entiende del todo. Un observador, alguien que se mantiene al margen y mira. En este caso, como en muchos otros, un artista.

Larson adopta este personaje en su obra, donde el silencio del artista, su negativa a comentar o participar, se convierte en una presencia en sí misma. Es la sombra del artista, que se impone en el paisaje sin darle forma. Es una forma movediza, que cambia de posición según el movimiento del sol en el cielo, que se alarga, se acorta o desaparece totalmente en función de la hora del día y de la existencia o ausencia de luz. La presencia es constante, aunque la sentimos sin conocer sus contornos. ¿Quién sostiene la cámara? ¿Por qué se dirige nuestra atención a un objeto concreto? ¿Cuál es la relación entre la obra que vemos y el artista que la creó? Larson nos permite hacernos nuestras propias preguntas, dando pocas señales para orientarnos. Nos encontramos con el silencio del observador, que revela poco sobre sí mismo, confiando en la aparición transitoria de su sombra, definida sólo por lo que ve.

La sombra del domin-guero no es la obra de un joven artista que busca dejar su huella. Es la obra de un artista de mediana edad, el resultado de una acumulación de momentos, de tiempo, de acontecimientos. De una dedicación constante a la observación y al registro, de la visión a largo plazo de una carrera artística, de ir desgranando pieza a pieza, de ir trabajando día a día. El paso del tiempo es fundamental. Quedarse quieto y observar el desarrollo de los momentos, los días y los años. Paciencia. Una estudiada concentración en lo cotidiano y lo ordinario, en encontrar lo extraordinario en lo común, en aislar y amplificar las maravillas pasadas por alto de la vida cotidiana y los paisajes

mundanos. Esto da a la obra una nostalgia que roza la melancolía, y también sentido del humor. Un gusto por el mundo natural, por los paisajes familiares y por los objetos ordinarios; no el gran gesto o los grandes logros de la vida, sino la acumulación de pequeños acontecimientos que la conforman. Una obra de arte. La persistente acción de desgaste del agua sobre la piedra.

Árboles 2002 - actualidad

Árboles es una serie de vídeos que Larson lleva grabando con una cámara de mano desde 2010. Cada segmento se centra en un solo árbol, identificado únicamente por sus coordenadas GPS. En su mayor parte, los árboles no son espectaculares. No sobresalen de su entorno. No son notables: en general, no son los más grandes, ni los más inusuales, ni los más bellos; de hecho, a menudo nos preguntamos qué es lo que tiene este árbol en particular que justifica nuestra atención. Sospecho que esa es la cuestión. El árbol aparece en la distancia media. El único movimiento de la cámara proviene de la inestabilidad de la mano del artista. La insistencia de un enfoque fijo en el árbol es incómoda. Estamos acostumbrados a las panorámicas, a las miradas, a los saltos de un objeto a otro. A seguir adelante cuando perdemos el interés en algo. Nuestra mente se inunda de preguntas. Buscamos algún punto de referencia. ¿Qué tipo de árbol es? ¿Dónde está? ¿Qué tiene de especial este árbol? ¿Por qué ha sido elegido? ¿Nos falta algo? ¿Por qué debemos permanecer aquí tanto tiempo?

La respuesta de Larson es el silencio. Deja a nuestras mentes libres para que pregunten, para que divaguen.

En algún momento nuestras percepciones cambian, y nuestras mentes se aquietan. Sentimos la brisa que juega a través de las hojas y las ramas del árbol. Notamos el canto de los pájaros, el ladrido del perro en la distancia, el avión que atraviesa el cielo. Aquí y allá una voz humana, el ruido de un motor, la música de una radio lejana. En raras ocasiones, la sombra del artista aparece en el suelo. Sentimos su presencia. Él también está observando. Esperando, parece. Forma parte del paisaje, al igual que nosotros.

Somos libres de convertirnos en los árboles, que ahora nos devuelven la mirada. Sentimos su presencia. Sentimos su mundo, la vida que pasa a su alrededor mientras ellos permanecen arraigados al lugar: el tractor que va hacia los campos, un hombre que se dirige al trabajo; el sol naciente, la luz menguante, la oscuridad que llega; lo que significa quedarse quieto, cómo aislar unos instantes en la corriente del tiempo. Y entonces, bruscamente, la escena cambia. Un árbol diferente, un paisaje diferente.

Un nuevo día; una nueva serie de preguntas.

Calendarios

Calendarios abarca tres años, de 2018 a 2020. Cada uno de los doce meses de cada año está ilustrado con un dibujo, con un total de 36. Las fechas y los días de la semana de cada cuadrícula llevan el garabato a lápiz de Larson.

El calendario representa un punto de referencia en el tiempo, una proyección hacia el futuro y otra del pasado. Es, como señala el propio Larson, a veces el único objeto de arte en el hogar. Es producido en masa y distribuido gratuitamente por empresas y organizaciones, y es comercialmente creado y vendido de acuerdo con una serie de temas (ciudades, deportes, animales, pintores) a millones de personas en todo el mundo.

Los calendarios de Larson suponen un cambio radical. Cada una de sus páginas es original, obra de una sola mano y mente. Se sitúan en la dicotomía de lo personal y lo privado, de lo permanente y lo desechable. Son un post público, disponible para todo el que quiera mirar, pero se refieren a acontecimientos y preocupaciones que permanecen opacos para el observador desinformado. Los dibujos tienen ese aire de las reflexiones privadas; algunos son arquitectónicos, como los que ejecutan los delineantes. Un plano para un paisaje exterior, una hornacina para exponer una cámara fotográfica. Bocetos abstractos, paisajes, edificios.

El calendario de 2019 es una serie de montañas —cielos azules, suaves laderas nevadas— intercalada con dibujos en blanco y negro de escenas callejeras desoladoras. Un contenedor de basura,

un poste de teléfono, un aparcamiento abandonado. Cada boceto está realizado con cuidado y atención. Hay sensibilidad en la yuxtaposición, ya que Larson capta plenamente la serenidad, la cruda presencia de estas escenas opuestas. Sin embargo, nos preguntamos: ¿cómo están conectadas estas escenas, si es que lo están? ¿Qué significado tienen en el paisaje interior de Larson?

Las entradas del calendario son igualmente enigmáticas. Al igual que en *Árboles*, hay una insistencia casi obstinada en lo ordinario. Los acontecimientos, anotados con un lápiz tenue, son más impersonales que íntimos. Citas, horarios de trabajo. De vez en cuando aparece un nombre, un acontecimiento que salta a la vista como algo personal: la hospitalización del cónyuge, la operación de la hija. Un masaje. Un cumpleaños. Unas vacaciones. Sin embargo, esos acontecimientos son raros. Nos dan poco para seguir, y nos quedamos una vez más con preguntas. ¿Cuál es la relación del dibujo con el mes que representa? ¿Con los demás dibujos? ¿Con las estaciones y la época del año? ¿Con lo que ocurre en la vida del artista? ¿Qué quiere que veamos? ¿Por qué no nos lo dice? ¿Qué esconde?

La cohesión es el rechazo de Larson a imponer jerarquías, a otorgar importancia y a privilegiar un momento o una escena sobre otra. Nos lo deja a nosotros. Las escenas que retrata no se centran en las fachadas de los edificios, en la arquitectura distintiva o en las construcciones prominentes. Son los solares, los callejones, los objetos ordinarios —los cubos de basura y los muelles de carga— que nos pasan desapercibidos. Larson les otorga la misma atención que suele concederse a lo que normalmente se considera temas más elevados —esquí, montañas, árboles— y dice: «Espera un momento, mira de nuevo». El autor da vida a lo que normalmente se pasa por alto y dice que esto es digno de su atención y de la nuestra. Es la perspectiva del forastero, el observador que se reconoce a sí mismo en lo que se pasa por alto, que se siente en casa en un entorno al que nadie presta atención.

Hay una cierta valentía en revelar así una vida, es audaz hacer arte de ella; exponer las tareas cotidianas como algo nada extraordinario, pero mostrar cómo la acumulación, incluso el residuo, en



Diferentes formas de enfocar, 2021 - 2022



Árboles, 2010 - actualidad



Calendario 2020, 2020 - 2022



Fotogramas de películas S8



Present Perfect, 2001



Buenos amigos, 2002



Vídeo d' autor, 2004 - 2006



Vídeos

su conjunto, encaja en algo original, permanente. Hacerse a un lado, apartarse de la escena, y señalar lo que ha dejado una impresión, lo que ha marcado, para dejarnos sacar nuestras propias conclusiones. Anotaciones que se marcan con lápiz, subrayando lo transitorias que son. Preocupaciones que se anticipan, se ejecutan, se olvidan... o no. Calendarios que se tiran al final del año. Cuadros de tiempo. Días que empiezan y terminan. ¿Qué se olvidará? ¿Qué se recordará? ¿Cómo se suma todo?

Present Perfect

En *Present Perfect*, donde Larson «explica todas las instantáneas que posee», vemos el humor del artista. También vemos al propio artista, por primera vez. Aunque, en realidad, no. Las fotos son del pasado. Larson como un hombre joven, con miembros de la familia, con amigos y amantes que han entrado y salido de su vida. Ya no es la persona que vive en las casas que nos muestra, habita las habitaciones de las fotos, o está presente en los viajes que hizo. Ha cambiado. Se ha convertido en una persona diferente.

Al igual que en otros trabajos de Larson, las fotos parecen aleatorias, apenas conectadas entre sí, recogidas aquí porque son «todo lo que tiene». Una silla que ha sido retapizada, una reparación del baño, una barbacoa, un perro. El padre de Larson, su hermana, sus primos. Ex, muchos ex. Los del artista y los de otras personas, subrayando cómo el tiempo y las emociones han cambiado desde estos momentos congelados, han seguido adelante. Bebés que han crecido, personas que han envejecido, que han fallecido. Relaciones amorosas que se han marchitado y han concluido.

Larson coloca cada foto en una superficie de madera rayada y la describe de manera informal, proporcionando un contexto abreviado para cada instantánea. El humor burbujea bajo la superficie, así como la emoción, que se mantiene a raya. El momento más revelador llega cuando describe unas vacaciones de verano en California en las que «básicamente me convertí

en un cerdo». Esta confesión, junto con los comentarios posteriores sobre su propio comportamiento, es sorprendente no solo porque por primera vez se sitúa en la escena, sino porque se nos pide que veamos el tema superpuesto a la opinión de Larson, en este caso con desaprobación y repugnancia.

En otra foto, comenta: «Esto es justo después de perder el dedo». En otra del padre del artista, dice: «Una gran tripa, ahí». Son detalles atractivos que desvían nuestra atención de lo que se observa, y lo hacen hacia el propio artista. Queremos más, pero Larson da la misma relevancia a los objetos inanimados que al autoexamen. Pasa a la siguiente foto: «Este es nuestro cuarto de baño cuando lo estaba arreglando. Como se puede ver, había bastantes problemas de humedad». Parte de la gracia del proyecto proviene de la pretendida suposición de que el espectador entiende el contexto: los nombres, las caras, los lugares y la relación que guardan entre sí. La otra parte proviene del matiz despectivo, de la nivelación de lo importante y de lo que no lo es. Comentarios sin importancia que nos dejan, una vez más, con la duda. El tiempo no es cronológico. El padre de Larson aparece en una foto cuando el artista ya es mayor, en una foto posterior antes de que Larson nazca. Falta el tejido conectivo entre las fotos. Nos queda una impresión de cosas inconexas, de acontecimientos y emociones que van y vienen al azar. Una vez más, Larson se niega a ejercer control sobre los acontecimientos, a ordenarlos, a explicar cómo están conectados. Nos deja sacar nuestras propias conclusiones.

Volvemos de nuevo al *dominguero*, al que no acaba de entender cómo funcionan las cosas, en este caso incluso en su propia vida. Observa a su yo del pasado como a alguien cuyos actos son inexplicables. Ya no es esa persona. Se queda reconstruyendo a partir de estos lugares y personas que una vez conoció. Un árbol observado de cerca, uno de tantos, arraigado a su lugar, ahora existente fuera de la vista. Citas en un calendario, antes dignas de mención, ahora sin importancia. ¿Qué queda? ¿Quién es la persona que recuerda? ¿En qué se ha convertido? El residuo de estos momentos, acumulado durante toda una vida. La sombra que no deja huella en el paisaje, pero forma parte de él.

EL ITINERARIO DE UN ARTISTA AMBULANTE

Amélie de Turckheim

6 de la mañana,
cañón de Tecalote, San Diego, California.

Pero podría ser,
6 de la mañana,
macizo de los Alpilles, Provenza, Francia.

O bien,
6 de la mañana,
las colinas de Dubrovnik, Croacia,
las landas de Vauville, Cotentin, Francia,
Collserola, la montaña que hay detrás de Barcelona,

o
Saint -Véran, en el Queyras, Francia.

Esta lista no es un examen para alumnos de sexto grado, sino una lista de los innumerables lugares que Art Larson ha recorrido a lo largo de los años y que constituyen el punto de partida de su obra.

Todo comienza con paseos, largos paseos durante los cuales Art observa, escudriña y se deja impregnar por los lugares por los que pasa.

Estos paseos comienzan como un ritual. Art sale por la mañana, muy temprano, cuando el tiempo queda suspendido y todo está increíblemente tranquilo, equipado con su cámara, un micrófono y un buen calzado. Camina durante mucho tiempo, haga el tiempo que haga, esté como esté y sea cual sea el paisaje: cañones, montañas, campos, paisajes semindustriales, ríos. Su paso es vivo y firme a la vez. Se deja llevar, sin un plan ni un itinerario, ni un destino preciso. En el transcurso de sus andanzas, puede cruzarse con cazadores de jabalíes,

*trweakers*¹ adormilados bajo sus tiendas improvisadas a lo largo del río San Diego, inmigrantes en el Bois de Vincennes, deportistas en minishorts, serpientes de cascabel, mapaches, coyotes en los senderos californianos... A algunos les resulta sospechoso y se preguntan: ¿es un acosador... un depredador? Pero a Art no le importa, está en su propio mundo. Solo está de paso.

Atraviesa el paisaje, un pequeño punto en la inmensidad del mundo, pisa la arena, la tierra, la hierba, la roca... Devora los kilómetros en ósmosis con la atmósfera de los lugares a los que le llevan sus pasos. Y, de repente, se detiene, se hace el silencio, se queda mirando algo: le atrae un árbol, uno de tantos, roble, pino, haya. Consciente de esta atracción simultánea con la naturaleza, se deja arrastrar y no tiene control sobre nada. Por reflejo, casi automáticamente, saca su cámara y empieza a filmar el árbol. Dos realidades paralelas, dos verticalidades vivas y en pie se enfrentan con tan solo una lente en medio. Lo filma durante mucho tiempo, desde el mismo ángulo frente a la cámara, escuchando el susurro de las hojas, el crujido de las ramas, el canto de los pájaros, el runrún de un tractor en la distancia. Entre esta abundancia de sonidos y sensaciones, también se encuentra el silencio que anida en este increíble paisaje sonoro. Así que filma hasta los primeros temblores del brazo, hasta que el cuerpo cede y ya no puede mantener la cámara en su posición. Es como su árbol, anclado en la tierra, lleno de devoción por esta naturaleza que le habla tan profundamente. Vive intensamente este momento de gracia, fuera del tiempo, consciente del poder de lo que está viviendo.

Y de repente, tan rápido como había aparecido, el hechizo se rompe. Art apaga su cámara. El árbol está en el bote, y lo geocaliza para poder fijarlo después en Google Earth. Ese momento de ósmosis ha quedado tras él, pero también en él; puede reanudar su marcha. A veces Art camina durante varios días seguidos y no encuentra nada, pero dice que «eso es parte del proceso».

¿Por qué los árboles? «No es que me gusten más que otra cosa, pero me dan un propósito, algo que descubrir, todo es

¹ Adicto a la metanfetamina.

imprevisto, un deambular como Alicia en el País de las Maravillas. Incluso en lugares que conozco desde hace muchos años, siempre me sorprende, mi mirada nunca es la misma y descubro cosas nuevas. Es importante tener estos momentos de soledad. La filmación de árboles se justifica por los paseos».

«Puede parecer absurdo filmar árboles. Pero es así. Lo que me gusta es el proceso. El arte me hace hacer cosas que no haría en mi vida corriente. Es algo parecido a lo que dijo Marcel Duchamp cuando le preguntaron por qué hacía arte: “El arte me enseña a vivir”.»

No se dan más explicaciones. No hace falta, todo está dicho en su obra: «Es lo que hago, lo que tengo que hacer, lo que me parece bien, eso es todo».

Art conoce bien este vínculo indiscutible con el entorno natural. De adolescente, en California, solía levantarse antes del amanecer para llevar su tabla de surf a Sunset Cliffs (San Diego). Observaba el mar durante mucho tiempo. Escudriñaba el oleaje, la espuma de las olas, olfateaba la brisa yodada, movía los dedos de los pies en la arena... Y entonces se lanzaba al agua, remaba mar adentro y esperaba, esperaba pacientemente en la penumbra del amanecer el momento en que, movido por ese extraño instinto divino-surfear, se ponía de pie sobre la ola que rompía contra la orilla. Sensaciones de ingravidez, de flotar y volar. Segundos que se extienden hasta el infinito, de ser y no ser. Estos momentos de gracia se viven, ninguna explicación podría transmitir las sensaciones que los acompañan.

El surf es sinónimo de música. Resulta casi una evidencia, sobre todo cuando se crece en la costa oeste de Estados Unidos. Art escucha mucha música, sin parar: jazz, *bluegrass*, country, folk, clásica, experimental, punk, pop-rock, *reggae*... Cuarenta años después, la música sigue ahí. En su estudio de Barcelona, se alimenta de muesli y música. Espera la ola de inspiración haciendo algunos ejercicios de calentamiento, un ritual que ha desarrollado a lo largo de los años. Lo hace dibujando, ordenando, afilando sus innumerables lápices de colores, archivando fotos... Dejando a un lado el intelecto y la mente y dejando

que las manos tomen el mando y le guíen en su trabajo. Si no llega nada, no hay drama. Sale a pasear, hace recados, se toma un cortado mientras ojea la prensa, antes de quedar con su hija a la salida del colegio.

Cuando trabaja, Art no se preocupa por los demás. Su trabajo no tiene destinatario, nadie lo espera realmente. Crea sin un programa preestablecido, sin ninguna referencia concreta, ni nadie a quien complacer: «Se convertiría en otro trabajo aburrido. ¡Ya tengo un trabajo! A lo que añade: «Lo que hago requiere demasiado tiempo para poder ganarme la vida con ello. Me siento perfectamente cómodo con la idea de no trabajar en mi estudio todos los días. No juzgo a nadie, cada uno a lo suyo. Sólo necesito tener momentos gratificantes para trabajar».

Dice que el trabajo no tiene que ser profesional para ser bueno, interesante. Me recuerda de nuevo a Marcel Duchamp, quien decía: «Se puede ser artista sin ser nada en particular». Así que Art lo está haciendo, eso es todo. Se sueña a sí mismo como un jubilado en su estudio con su música y su *mug*, saboreando el placer de poder crear más tiempo y con más tranquilidad.

«El mundo del arte es muy pequeño, mientras que el mundo es tan grande», dice. «Nunca fui bueno para llegar a ser un artista profesional. De joven fui lo suficientemente ingenuo como para creer en ello e imaginarme viviendo en un *loft* en Nueva York donde pintaría todo el día. Hay artistas que saben negociar con los coleccionistas y las galerías, pero no es mi especialidad».

Pero entonces, ¿por qué crear? «Porque es lo que me conviene, lo que tengo que hacer, y va más allá de las explicaciones y justificaciones. Lo que dibujo está relacionado con mi vida real. La sombra que aparece en uno de mis calendarios procede de las últimas imágenes de un vídeo de un árbol que estaba grabando, aunque intento que mi sombra no aparezca en el campo. Represento ese pequeño caos, lo inesperado.»

Art no es un hombre de palabras. Se deja llevar por lo inesperado, y es en sus experiencias vitales donde arraigan su imaginación y su deseo de crear. No hay nada más que decir, sino dejarse conquistar por lo que emana de su obra. Vivir sin intentar comprender. Exactamente como él.

Comisario: Valentín Roma

DL B 19720-2022

**La Virreina Centre de la Imatge
Palau de la Virreina
La Rambla, 99. 08002 Barcelona**

**Horario: de martes a domingo
y festivos, de 11 a 20 h
Entrada gratuita**



**#ArtLarson
@lavrreinaci
barcelona.cat/lavirreina**